

Libro I

**LOS
NAVEGANTES**

El Viaje de Saggia

Daniel Leal Arancibia



© Los Navegantes I - El Viaje de Saggia
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Agosto 2020

© Daniel Leal Arancibia

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Felipe Montecinos
Mapa: Chris Fattori
Ilustraciones interiores: Fabián Todorovic
Corrección de textos: Felipe Uribe Armijo



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
Registro de Propiedad Intelectual: 2020-A-5515
ISBN: 978-956-6021-35-3

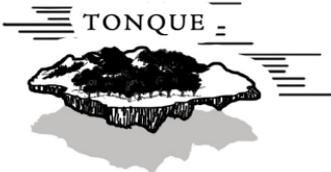
Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A la memoria de Pablo,
a quien los Navegantes llevaron a un lugar mejor,
donde el vino jamás se pone agrio, ni se entibia la
cerveza y cada fin de semana se celebra un gol.

*La Cofradía es tan celosa de su anonimato como de su
monopolio. Nunca hagas nada que pueda comprometer
nuestros privilegios, Paul.*

Frank Herbert

Archipiélago Flotante de Camul



COARAU



LEMAN



NOGIEZ



AÜKAR



CALDERIA



GALDEN



VÁNCORA



PILAI



ZAGO



LIBRO I

MÁS ALLÁ DE LO QUE JAMÁS HAS LLEGADO

*Le hablo al viento
Mis palabras se las lleva lejos
Le hablo al viento
El viento no oye
El viento no puede oír.*

“I talk to the wind”, **King Crimson**.

PRELUDIO

Con cada paso que daba, Kalst sentía que se iba acercando de forma paulatina a inscribir su nombre en la historia. La humedad y la pestilencia imperantes en aquel corredor inmundo no eran suficientes para hacerlo dudar. Mucho menos para moverlo a pensar en echar pie atrás. Se paseaba parsimonioso, escrutando a través de los barrotes a los especímenes, de entre los cuales escogería a los primeros afortunados que, como él, iban a cambiar el mundo.

—¡Este! —anunció con autoridad en voz alta, dando un golpe al metal con un garrote de madera. —¡Este también! —agregó, unos pasos más adelante—. ¡Y ese de allá! —terminó.

Enseguida el sonido de pesadas cadenas reptando por el suelo de piedra hizo eco en aquel lugar sombrío. Al cabo de unos minutos, otros hombres retiraron a los especímenes maniatados con aquellos eslabones. Ignorantes de su destino, arrastraban los pies subyugados, albergando una ligera sensación cercana a la esperanza. Su situación ya era precaria; no esperaban que algo pudiera ser peor que el encierro. Pobres, no tenían idea.

I

Ciudad Isla de Valniom

El demonio está en los detalles. Era la frase que solía usar Délavin para manifestar su desprecio por las nimiedades. Para eso tenía a otros, que eran bien recompensados por preocuparse de ellas. No fue sorprendente el disgusto que le provocó entrar en su despacho y encontrar su escritorio repleto de papeles colmados de pequeñeces.

Su ánimo mejoró al dejarse caer sobre el sillón y comenzar a hojear sus estados financieros. Los números eran buenos, mejores incluso de lo que había supuesto durante su último viaje por el Archipiélago.

Entre el montón de documentos había un sobre cerrado, en cuya superficie se leían solo las letras "PG". Cogió un abrecartas y cortó el sello de lacre con cautela. Era bueno ocultando su ansiedad.

Desde el interior del sobre, una solitaria hoja de papel se deslizó hasta su mano. Escrita sobre su superficie solo había una línea que rezaba: "Iniciando fase 3 del proyecto", con una impecable caligrafía femenina. Daba gusto contar con alguien que sabía ahorrarse los detalles y proporcionar la información precisa, lo importante; lo que él debía, sí o sí, manejar.

Tomó una hoja en blanco con la intención de escribir un nuevo mensaje, al que se había comprometido durante la travesía por las islas interiores, pero cambió de parecer, arrugó el papel, sobre el que solo había garabateado el nombre del destinatario, y lo arrojó a un papelero. Mejor era guardarse la información relevante para sí, ya vería después cómo resolver las eventuales dificultades que podría acarrearle: tal vez desfasando un poco el cumplimiento de sus compromisos. Los otros no podían intuir siquiera el alcance de lo que estaba sucediendo en ese momento en Valniom, y era mejor así.

Con una sonrisa amplia y los dedos de sus manos entrelazados, imaginó el futuro. Adoraba la certeza de saber que sería suyo.

II

Isla de Galden

El correo en Galden no era frecuente ni periódico. Resultaba difícil para sus habitantes definir en el calendario el día en que tendrían noticias de aquellos que se alejaron de la isla para recorrer el Archipiélago. En ocasiones podía llegar con un par de días de diferencia, mientras que en otras podían pasar semanas entre una y otra entrega.

Era parte de las dificultades de vivir en una isla apartada, lejos de los grandes centros urbanos y de las rutas más transitadas por los Navegantes. La vida allí no era fácil: se requería mucho trabajo para labrar la tierra y mantener sano al ganado, aunque se trataba de algo simple y apacible. Cada quien aportaba su esfuerzo a fin de que el trabajo en el campo fuera productivo y beneficioso para la comunidad.

No era extraño que, dada la escasa regularidad, los esforzados galdeninos abandonaran sus tareas de inmediato cuando llegaba una carta, sin importar quién fuese el destinatario. O destinataria.

III

La llegada del correo encontró a Saggia en medio del campo, operando la rudimentaria maquinaria agrícola, diseñada y fabricada por su padre, que tanto había simplificado las labores en el campo y que, además, las había transformado en algo divertido, a pesar de lo ruidosa que era debido en parte al incansable escape de vapor.

Faltaba poco para la hora de almorzar cuando doña Finnia la llamó a todo pulmón, desde la casa. Entre todas las cartas que habían llegado, una era para ella.

—¡El viejo loco de tu padre se acordó de escribirte! — adelantó la mujer, con una sonrisa divertida.

—Siempre se acuerda, doña Finnia —replicó la joven—, no sea injusta con él.

A pesar del grado de humor que doña Finnia puso en sus palabras, detrás de ellas se escondía el típico reproche suyo hacia el padre de Saggia: este no había encontrado nada mejor que dejarla sola en Galden para ir a darse la gran vida en la ciudad.

La muchacha no hizo caso y recibió emocionada el sobre, en cuyo interior venía la misiva de su progenitor. Sobre la superficie del papel, su caligrafía fea y apurada desentonaba con la calidad de aquel. La carta no era extensa; se declaraba preocupado por el bienestar de su hija e intentaba hacerle saber cuánto la quería y extrañaba. Sin embargo, casi al terminar de leer, Saggia se encontró con un párrafo que la descolocó. Su padre, en lugar de decirle que pronto estaría de regreso, como hiciera en sus entregas anteriores, le pedía de forma encarecida que fuera a reunirse con él en Valniom y que le llevara un juego de planos que tenía guardado en casa, informándole que su futuro dependía de ello.

Al terminar la lectura, el corazón de Saggia latía agitado, primero por la preocupación de que algo malo le hubiese pasado a su padre en la gran ciudad, y segundo por la idea de iniciar un viaje que no estaba en sus planes. Para nada.

Había soñado con abandonar algún día la isla de Galden con el fin de recorrer y conocer el resto del Archipiélago de Camul, pero no se sentía preparada. Sobre todo, porque irse significaba dejar las labores en el campo. La idea la fastidiaba. Tras el fallecimiento de su madre y la partida de su padre, ella era la única de su familia en condiciones de aportar a la comunidad de Galden. Esa misma razón la había llevado a decidir no marcharse con él. No era tan sencillo como armar un bolso de viaje y partir. Ella era la única que sabía cómo manejar la maquinaria, por lo que su ausencia haría retroceder las faenas a una era que parecía muy lejana en el tiempo, aun cuando no lo era.

—¿Qué pasó, chiquilla? —preguntó doña Finnia—. Te pusiste pálida.

Saggia no respondió de inmediato. Estaba conmocionada por la solicitud de su padre, pero también había un dejo de excitación ante la idea de salir por primera vez de casa. Y de paso, conocer a navegantes. ¡Sí, navegantes! Encontrarse de improviso con la idea le pareció fascinante.

—Mi papá quiere que vaya a visitarlo —contestó, empuñando la carta.

Esta vez fue doña Finnia quien palideció. Encariñada y apegada a Saggia como estaba, no le gustó ni un poco la idea de verla partir.

—Te dije que era un viejo loco —farfulló.

—Puede ser, solo espero que no esté metido en un lío.

La noticia de que el regreso de Saffio no estaba tan cercano como se creía, se esparció con rapidez en la pequeña comunidad, tomando a los habitantes de la isla por sorpresa, sobre todo por el viaje que habría de emprender su hija. Para más de uno fue un balde de agua fría: sin nadie más que supiera cómo manejar o reparar los aparatos agrícolas, la carga de trabajo aumentaría.

En cuanto Saggia se comprometió a enseñarles a operar la maquinaria, la reticencia se fue disipando. Pero doña Finnia continuó negándose a aceptar la idea.

Luego de un par de días de dudas, Saggia misma acabó por convencerse de lanzarse a la aventura, sabiendo que su padre la necesitaba y que podría ayudarlo a resolver los problemas que tuviese.

Antes de partir, se tomó un par de jornadas para mostrar a los demás cómo manejar la maquinaria y cómo hacerle mantenimiento a esta. Los más habilidosos, aunque temerosos de cometer algún error que estropear los aparatos, estaban felices de poder actualizar sus aptitudes para trabajar la tierra.

La ansiedad de Saggia por marcharse se hizo evidente, pero ella no quería partir sino hasta estar segura de que el equipo de trabajo quedaba en buenas manos.

La noche antes de marcharse, la comunidad de Galden se reunió para despedir a la joven, hacerle entrega de algunos víveres y desearle lo mejor en su travesía.

Saggia partiría de madrugada. Solo doña Finnia y su marido estarían ahí para verla marcharse. La mujer, aún reticente ante lo que consideraba una locura, le entregó un poco de dinero que con mucho esfuerzo habían conseguido reunir para ayudarla a financiar los gastos que el viaje demandara.

—Cuídate, chiquita, ¿quieres? —se despidió con lágrimas en los ojos—. Y regresa con bien.

—Muchas gracias, doña Finnia. Por todo.

Saggia se acercó a la mujer y se fundió en un cálido abrazo con ella, que había logrado que el hecho de no tener a su madre fuera un poco menos doloroso.

Al salir al camino que la llevaría hasta el embarcadero, Saggia se enfrentó al cielo aún estrellado con una sonrisa dibujada en el rostro, aunque se cubrió con un pañuelo para no inhalar el frío de la madrugada. ¿Qué la esperaba más allá de los confines de la isla de Galden?

Por de pronto, la idea de volver a ver a su padre la llenaba de energía y alegría. El mundo era suyo para ser descubierto.

IV

Fue una larga caminata bajo el cielo estrellado. Albergaba la esperanza de encontrar en el puerto la señal de los Navegantes, aquella Cofradía que, según le había dicho doña Finnia, le permitiría llegar más lejos de lo que jamás había estado. Al arribar al embarcadero la joven estaba agotada, hambrienta y muerta de frío, pero nada de eso fue capaz de desalentarla. El esfuerzo valía la pena, con tal de volver a ver a su padre.

Comenzaba a aclarar cuando Saggia llegó hasta el minúsculo muelle al que llamaban puerto. La luz del alba encandiló sus ojos cansados, que intentó abrir todo lo que pudo en busca de la anhelada señal. Se acercó cautelosa al embarcadero y avanzó con lentitud, sintiendo cómo las tablas crujían bajo sus inseguros pasos. Asomó con temor la mirada al vacío que se iniciaba más allá del extremo y se sobrecogió al contemplar el inmenso e interminable abismo que se extendía bajo sus pies. Una súbita sensación de pánico se apoderó de ella y la impulsó a retroceder, alejándose lo más rápido posible del vacío azulado, hasta que un madero que sobresalía se enredó entre sus pies. Adolorida, se tomó su tiempo para reincorporarse con pereza, aprovechando de darle un instante a sus piernas para que reposaran un poco de su largo peregrinaje. Mientras lo hacía, una fuerte y sorpresiva ventisca mecía los árboles cercanos y removió el pañuelo que cubría su cabeza, provocando que su cabello claro y fino se revolviera sobre su rostro. Saggia batalló por mantenerlo bajo control, pero el esfuerzo le resultó infructuoso, quedando por un momento con la visión obstruida. Luego, tan de improviso como había comenzado, el viento cesó.

Cuando por fin pudo volver a ver con normalidad, un grito horrorizado se ahogó en la garganta de Saggia al darse cuenta de que, sin quererlo, se había acercado de forma peligrosa al borde del embarcadero. Por poco no volvió a tropezar con el mismo madero suelto mientras retrocedía para ponerse a salvo. Al hacerlo, aplastó un objeto que no había visto antes. Levantó el pie y comprobó con emoción que, sin quererlo, había pisado aquello que estaba buscando. Recogió emocionada el trozo de papel arrugado y le devolvió la forma lo mejor que pudo. Si bien había quedado algo feo, el diseño era distinguible.

— Veo que no te gustan las aves de papel — refunfuñó una voz masculina desde el extremo de la dársena, cau-

sándole a Saggia un sobresalto que la hizo tirar la figurilla al suelo—. Tomaré nota para la próxima vez.

El tono severo del hombre contrastaba con su sonrisa. Vestía un pantalón de tela gruesa, botas de cuero, una camisa sin botones atada por el pecho, una chaqueta de cuero crudo a juego con sus botas y un sombrero de ala, también de cuero. Portaba, además, una daga enfundada sujeta al cinto, a un costado de la pierna derecha, y un látigo que colgaba del lado izquierdo de su cadera.

—¿Estás lista para partir? —preguntó a la muchacha.

—¿Cómo dice? —preguntó Saggia a su vez, sorprendida por la premura del recién llegado.

—Imagino que no has venido hasta acá solo para asomarte al vacío, ¿o me equivoco?

—No, tiene razón. ¿Pero en qué vamos a viajar?

—En mi barca, por supuesto —contestó el hombre, haciendo un amplio y gracioso gesto con el brazo, apuntando hacia el borde del armazón de madera.

Saggia no supo si reír o qué, pero sintió que el sujeto le estaba tomando el pelo, pues no veía nada. Sin embargo, ante la mirada perpleja de la joven, él saltó con toda confianza hacia el abismo. Sorprendida comprobó que, en lugar de precipitarse al vacío, quedó flotando sobre la nada. Llena de curiosidad se acercó al Navegante y, recién entonces, pudo apreciar la superficie sobre la que estaba parado.

—¿Las habías visto antes?

—Nunca desde tan cerca —respondió ella, con una extraña mezcla de frustración y fascinación.

La embarcación no era más que una balsa de madera que, a ojos de la joven, flotaba sobre un enorme e interminable mar de nada.

—¿Cómo lo hace? —preguntó con curiosidad, mientras apuraba el paso para abordar.

—No es nada de otro mundo —respondió el Navegante, tendiéndole una mano a la muchacha para ayudarla a subir—. Se sostiene sobre una Línea.

“Una Línea”, pensó ella mientras se acostumbraba al vaivén que se producía al caminar sobre la balsa. Había escuchado hablar de las Líneas de Camul, pero no sabía nada acerca de ellas. Pensó en preguntarle al Navegante, pero se dio cuenta de que había sido descortés y que no le había dicho a este su nombre.

—Me llamo Saggia —balbuceó.

—Bonito nombre —se limitó a responderle él.

—¿No me va a decir el suyo?

—No es necesario. —La muchacha lo miró ceñuda, a la espera de una respuesta más contundente; esta nunca llegó. Refunfuñando, lo siguió con la mirada, pero él no se molestó en tomarla en cuenta y se limitó a decir—: Afírmate, Saggia, que vamos a zarpar. —Una ligera sacudida desestabilizó a la chica por unos segundos, pero una vez que recobró el equilibrio se quedó inmóvil, observando cómo se alejaban de Galden, la isla que no solo era su hogar, sino también todo lo que conocía del mundo—. La primera vez siempre perturba —dijo el Navegante, sacándola de su ensoñación.

Él también miraba hacia la isla con cierta fascinación, lo que llevó a Saggia a creer que se trataba de alguien que de verdad debía gozar con lo que hacía. Lo que ella aún no sabía era que, muy dentro de sí, el Navegante ansiaba poder sentir algo similar a lo que ella estaba vivenciando en ese momento. Sentir que tenía raíces.

V

Ciudad isla de Valniom

Casi seis meses habían transcurrido desde que Saffio llegó al taller de Dólmun para trabajar en la cuna de la tecnología más avanzada que se pudiese encontrar en la isla de Valniom. También era considerada la fuente de la

mayor parte del desarrollo tecnológico en el Archipiélago de Camul.

Dólmun, el propietario, era una especie de genio loco, orgulloso de lo que había conseguido en ese taller. El sistema de luminarias instalado en la vía pública de varias ciudades era su última gran proeza, a la que se sumaba una infinidad de invenciones notables que le habían valido el reconocimiento de la población de la isla.

Sin embargo, el inventor siempre se lamentaba por no haber sido capaz de desarrollar algún sistema de transporte que permitiera ponerle fin al monopolio de los Navegantes de Camul para trasladar a la gente por el Archipiélago. Esta había sido, por años, la mayor de sus frustraciones.

Y no era que no lo hubiese intentado. Por el contrario, más de alguna vez estuvo a punto de arruinarse por culpa de sus osados proyectos, en los que fracasó una y otra vez. Sin embargo, para su fortuna contaba con el patrocinio de Délavin, uno de los hombres más acaudalados de Valniom, quien solía actuar como su mecenas en tiempos de necesidad.

Ese loco afán era la única mancha en la impecable carrera del inventor, a cuyo taller acudían los buscadores de novedades o los aspirantes a aprendices, quienes jamás hubiesen sospechado que su más anhelado sueño era la fuente de su única frustración.

Hasta que un día golpeó a la puerta algo similar a la esperanza. Fue el propio Délavin quien llevó hasta su taller aquella joya de la providencia, una gema que, con todo, requería de mucho pulido para quedar brillante.

Su nombre era Saffio, un hombrecillo carente de riqueza y ambición que un día, solo porque el destino así lo quiso, tuvo la idea más genial que Dólmun hubiese escuchado jamás. La idea que él mismo no había encontrado para desarrollar su invención. ¿El problema?: Délavin quería que Saffio se abocara a aplicarla a un viejo

invento que Dólmun había descartado en su momento por ser inviable, pero que el magnate siempre tuvo en mente como motor del progreso, no solo de la isla, sino de todo el Archipiélago.

Délavin nunca le pidió algo a cambio a Dólmun por haberlo ayudado durante los tiempos difíciles, pues, según él, su mayor recompensa era el bienestar que conseguían los habitantes de la isla gracias a su trabajo. Sin embargo, cuando Dólum le presentó a Saffio, Délavin le encargó que se hiciera cargo de él y que lo apoyara en todo lo que necesitara, para lo cual contaría con los recursos que requiriera. Además, debía mantenerlo trabajando de forma exclusiva en el proyecto que el inventor había abandonado tiempo atrás, sin distraerlo con otras cosas hasta que hubiese terminado.

El sueño de Dólmun había quedado postergado, pese a que creía tener la solución tan cerca de sí. Por el momento, haría lo que su mecenas le había pedido, si bien desde un comienzo hizo lo posible por aprender de Saffio y obtener el máximo provecho de su presencia.

VI

Línea de Camul que conecta las islas de Galden y Gualm

Contrario a lo que había esperado Saggia, el viaje no era para nada agitado ni turbulento. La balsa se deslizaba en el aire con una suavidad extraordinaria, impulsada por las constantes corrientes de aire que se estrellaban contra la rudimentaria vela izada por el Navegante y que, en ocasiones, provocaban algunas sacudidas que forzaban a la joven a clavar las uñas en la madera bajo sus piernas.

La emoción inicial ya había pasado y, tras un rato de viaje, Saggia comenzó a aburrirse. El patrón del navío hablaba poco y se limitaba a permanecer sentado en la proa con la mirada fija hacia el frente, provocando en su pasa-

jera una cierta sensación de soledad. Era molesto. Saggia tenía un montón de preguntas para hacerle, pero él no parecía dispuesto a tener una conversación.

—Navegante —se animó a decir después de un prolongado silencio—, ¿me podría explicar cómo es posible que flotemos en el aire?

—No estamos flotando —respondió, lacónico, el guía de la balsa.

—¿Cómo que no? —insistió la muchacha, que no se iba a dar por vencida en el afán de satisfacer su curiosidad—. A nuestro alrededor no hay más que aire.

—En eso te equivocas.

El Navegante se volteó para mirar a Saggia. Se notaba que no le fascinaba la idea de tener que charlar con ella.

—Explíquemelo entonces —demandó la joven, sin darse por enterada.

El Navegante soltó un prolongado suspiro, como si se hubiese dado por vencido, se puso de pie, sujetando con firmeza la soga que le permitía manipular la vela, y tomó el bastón que usaba como remo para apuntar hacia el frente.

—La balsa no flota en el aire, como te dije antes. Se desliza sobre una Línea.

Al mencionar de nuevo eso de las Líneas, Saggia abrió mucho los ojos, con la expectativa de que su Navegante finalmente le explicara qué eran. Sin embargo, este se limitó a volver a su posición original y clavó la mirada al frente.

—¿Eso es todo? —insistió ella.

—Mira, niña, si quieres llegar a salvo a tu destino, será mejor que me dejes navegar en paz, ¿está claro?

Para Saggia no estaba claro; por el contrario, la respuesta del guía no hizo más que ampliar su curiosidad, y quedó con más ganas de seguir preguntando.

—No tiene para qué enojarse —dijo con un hilo de voz.

En lugar de compadecerse, el hombre permaneció en su lugar y movió la cabeza con fastidio, manteniendo la vista al frente. Sin embargo, ese afán casi obsesivo de la chica por conocer más le llamó la atención.

—No me he enojado —dijo casi gruñendo—. Si quieres saber más, espera a que desembarquemos en Gualm.

—¿Tendré que esperar mucho para eso? —inquirió la pasajera.

Por toda respuesta, Saggia recibió una mirada fulminante del hombre, quien a partir de entonces mantendría un mutismo total.

LAS LÍNEAS DE CAMUL

I

Isla de Gualm

Caía el atardecer cuando, ante la mirada asombrada de Saggia, comenzó a dibujarse a la distancia la isla de Gualm. La trayectoria de la balsa parecía descendente, pero la joven no sentía que estuvieran bajando.

A lo lejos podían verse sinuosas colinas tapizadas de verde que, al llegar a la cima, caían abruptas como riscos carentes de vegetación, justo donde comenzaba el borde de la isla. Saggia seguía con atención cada maniobra del Navegante, pues creía que en cualquier momento tendría que desviar el rumbo para encontrar el embarcadero. Le parecía imposible que pudiera estar ubicado en aquellos imponentes promontorios.

Si bien el Navegante tuvo que maniobrar más que durante el resto del viaje, en ningún momento varió la dirección de su nave, y continuó hacia delante hasta que Saggia pudo divisar el puerto enclavado entre dos enormes peñascos.

— Afírmate bien, chica, que vamos a atracar.

Una vez que hubieron recalado, la muchacha pensó que la advertencia había estado de más, pues el movimiento fue tan suave como el resto de la travesía.

Cuando Saggia abandonó la embarcación, irradiaba alegría. Nunca había estado tan lejos de casa y jamás había visitado otra tierra que no fuera su isla natal. Y ahí estaba ella, en Gualm, como toda una aventurera.

— Dime, Saggia — dijo el Navegante, mientras terminaba de atar la balsa —, ¿cuál es tu destino?

— Vamos a Valniom — respondió la muchacha, con entusiasmo —. Allí es donde está mi padre.

Al Navegante en realidad no le interesaba saber cuál era el propósito de su viaje, solo necesitaba conocer el destino para programar la ruta.